

1. MONTAIGNE, Michel de, “Sobre los caníbales”, En su: *Ensayos*. Buenos Aires: Orbis, 1984, pp. 150-161

suella vivos y con su piel aun ensangrentada se reviste y enmascara a otros. Abundan los ejemplos de resolución, ya que las pobres víctimas, viejos, mujeres y niños, van unos días antes recabando dineros para la ofrenda de su sacrificio y se presentan, cantando y danzando, en la hecatombe.

Los embajadores del rey de Méjico, para hacer entender a Hernán Cortés la grandeza de su señor, le dijeron que tenía treinta vasallos, capaz cada uno de reunir cien mil combatientes, y que habitaba la ciudad más fuerte y bella del mundo. Y a esto añadieron que sacrificaba a los dioses cincuenta mil hombres al año. Se dice, en verdad, que aquel rey hacía la guerra a ciertos grandes pueblos vecinos, no sólo para ejercitar a los jóvenes de su país, sino principalmente para nutrir sus sacrificios con los prisioneros de guerra. En cierta población, a fin de dar la bienvenida a Cortés, sacrificaron de una vez cincuenta hombres. Y habiendo algunos de aquellos pueblos sido batidos por el conquistador español, enviaron emisarios buscando su amistad, y le presentaron tres clases de regalos, de esta manera: "Señor, he aquí cinco esclavos. Si eres un dios fiero que te alimentas de carne y sangre, cómelos y te amaremos mucho. Si eres un dios bondadoso, toma incienso y plumas. Y si eres hombre coge las aves y frutas que aquí van".

XXX

DE LOS CANIBALES

Cuando Pirro pasó a Italia y reconoció el orden del ejército que le oponían los romanos, dijo: "No sé qué bárbaros son éstos (porque bárbaros llamaban los griegos a todos los extranjeros), pero la disposición de ese ejército que veo nada bárbara es". Lo mismo comentaron los griegos respecto a las tropas que Flaminio llevó a su país, e igualmente opinó Filipo percibiendo, desde un montículo, el orden y distribución del campamento romano que mandaba Publio Sulpicio Galba. Por eso conviene no unirse a las opiniones vulgares, sino juzgar siempre según la voz de la razón y no según la voz común.

Ha vivido largo tiempo conmigo un hombre que había estado diez o doce años en ese otro mundo que se ha descubierto en nuestra época, en el lugar donde tomó tierra Villegaignon y que llamó Francia Antártica (184). Tal descubri-

(184) El Brasil, adonde llegó Villegaignon 65 años después del descubrimiento de América por los españoles.

miento de un país inmenso merece consideración. Ya no sé si cabe penar que no podrá hallarse en el porvenir algún otro, puesto que bien claro es que antes de ahora muchos personajes de más valía que nosotros se han equivocado en este punto. Sospecho que tenemos mayores los ojos que el estómago y más curiosidad que capacidad, porque todo lo queremos abarcar y sólo aire hallamos entre las manos.

Platón dice que se contaba haber oído a los sacerdotes de Sais de Egipto que, antes del diluvio, había enfrente de la boca del estrecho de Gibraltar una gran isla, llamada la Atlántida, y mayor que toda África y Asia juntas. Añade que los reyes de aquel país, a más de poseer la isla, se habían extendido por la tierra firme, llegando a África, en el sentido de la anchura, hasta Egipto, y a Europa, en el sentido de la longitud, hasta Toscana. Luego quisieron saltar a Asia, dominando todas las naciones ribereñas del Mediterráneo, hasta el golfo del Mar Mayor. A cuyo efecto atravesaron España, la Galia, Italia y Grecia, donde los atenienses les resistieron. Pero poco después los atenienses y los atlantes y su isla sucumbieron bajo el diluvio. Verosímil es que aquel cataclismo acuático produjese singulares cambios en la Tierra; y así se sabe que el mar separó a Sicilia de Italia:

Haec loca, vi quondam et vasta convulsa ruina.

*Dissiluisse ferunt, quum protenus utraque tellus
Una foret (185).*

De modo análogo se piensa que fue apartado Chipre de Siria y Negroponto de Beocia. También se han unido tierras antes separadas, al colmarse de limo y arena los fosos que las distanciaban:

*Sterilisque diu palus, aptaque remis,
Vicinas urbes alit, et grave sentit aratrum (186).*

Pero no creo que aquella isla sea el mundo nuevo que se acaba de descubrir; porque la Atlántida casi tocaba a España, y sería un efecto increíble de la inundación el haberla hecho retroceder más de mil doscientas leguas. Además, las modernas navegaciones han descubierto que tal mundo no es una isla, sino tierra firme y continente unido a las Indias Orientales por un lado, y por los extremos a las tierras que están

(185) Con vasto y convulso sacudimiento las ondas separaron las tierras que, dícese que antaño estaban unidas. (Virgilio, *Eneida*, III, 414.)

(186) Marismas antes estériles, que los remos azotaban, ahora conocen el arado y alimentan las ciudades vecinas. (Horacio, *Art. Poét.*, v. 65.)

bajo los polos. Y si algo separa el nuevo mundo de ellos, es tan pequeño estrecho o intervalo, que no justificaría el nombre de isla para las regiones descubiertas.

Parece que hay movimientos, unos naturales y otros febriles, en los grandes cuerpos celestes como en los nuestros. El río Dordoña se decanta hacia su orilla izquierda, y en veinte años ha ganado mucha tierra y minado los cimientos de varios edificios. Obvio es que aquí se trata de una agitación extraordinaria, porque si siempre hubiera ese ritmo, o debiera llegar a haberlo, la faz del mundo se trastornaría. Pero los cambios van unas veces por un lado y otras por otro, cuando no se contienen. Ya no hablo de las inundaciones repentinas, cuyas causas conocemos. En Medoc, junto al mar, el señor de Arzac, hermano mío, vio una tierra suya sepultada bajo las arenas que el océano vomitaba. Aun sobresalen allí las cúspides de algunos edificios. Las rentas y tierras de mi hermano se han transformado así en cosa harto pobre. Dicen los habitantes de la región que el mar, desde hace algún tiempo, avanza de tal modo que ya les ha arrebatado cuatro leguas de terreno. Esas arenas forman grandes montañas movedizas que preceden en media legua al mar como batidores, ganando sin cesar espacio.

Quiérese relacionar este descubrimiento con otro pasaje de la antigüedad, es decir, uno de Aristóteles, en el supuesto de que el curioso librito de las *Maravillas inauditas* sea suyo. Cuéntase allí que algunos cartagineses, habiendo cruzado el estrecho de Gibraltar y salido al Atlántico, navegaron mucho tiempo y al fin descubrieron una isla vasta y fértil, cubierta de bosques, surcada por grandes y hondos ríos y muy alejada de tierra firme. Los descubridores, y tras ellos otros, atraídos por la bondad y fertilidad del terreno, se instalaron en la isla con sus familias y principiaron a aclimatarse. Los señores de Cartago, viendo que su país se despoblaba poco a poco, prohibieron bajo pena de muerte el ir a aquella isla y aun expulsaron a los nuevos habitantes, temiendo, se dice, que con el tiempo tal colonia se multiplicara tanto que acabase suplantando a la metrópoli y arruinando al Estado. Esta narración de Aristóteles no parece aplicable a las nuevas tierras.

El hombre a que me referí era simple y tosco, condición buena para dar testimonio sincero, porque las gentes sutiles, si bien ven más cosas y mejor, las glosan al describirlas y, a fin de reforzar su interpretación y convencer de ella, alteran algo la historia, no diciendo las cosas puras, sino según la cara con que las vieron, alargándolas y ampliándolas para infundirles más verosimilitud. Por eso convienen hombres muy fieles, o tan sencillos que no sepan revestir las cosas de apariencias creíbles. Así era mi hombre. Hízome, además, conocer a varios marineros y mercaderes que había tratado

en sus viajes, y por eso a su narración me atengo y no a lo que dicen los cosmógrafos. Ciertamente es conveniente tener geógrafos que nos informen con detalle de los lugares en que han estado, pero el haber vivido, por ejemplo, en Palestina no les autoriza a imponer su autoridad en la descripción del resto del mundo. Muy bueno fuera que cada uno escribiese de lo que conoce, y tanto como conoce, no sólo en esta disciplina, sino en todas. Porque puede que haya quien tenga particular noticia de la calidad de los ríos y las fuentes y en lo demás sólo sepa lo que el común. Sin embargo de lo cual pretenderá, por ser docto en una sola parte, escribir una física entera. Tal vicio motiva grandes inconveniencias.

Volviendo a mi tema, hallo que nada hay de bárbaro en la nación visitada por el hombre que dije, salvo que llamamos barbarie a lo que no entra en nuestros usos. En verdad no tenemos otra medida de la verdad y la razón sino las opiniones y costumbres del país en que vivimos y donde siempre creemos que existe la religión perfecta, la política perfecta y el perfecto y cumplido manejo de todas las cosas. Aquella gente es salvaje en el sentido en que salvajes llamamos a las frutas que la naturaleza espontáneamente ha producido, mientras que en verdad las realmente salvajes son las que hemos desviado, con artificio, de lo común. Las otras tienen más vivas y vigorosas sus auténticas y útiles virtudes y propiedades, que nosotros hemos desvirtuado para acomodarlas a nuestro gusto corrompido. Empero, el mismo sabor y delicadeza se hallan, incluso para nuestro paladar, en diversos frutos que en esos países nacen sin cultivo. No es razonable que el arte aventaje a nuestra grande y pujante madre Naturaleza. Tanto hemos recorgado la belleza y riqueza de sus obras con nuestras invenciones, que las hemos ahogado del todo, si bien allí donde ella en su pureza reluce deja en maravillosa vergüenza a nuestras vanas y frívolas empresas:

*Et veniunt hederæ sponte sua melius;
urgit et in solis formosior arbutus antris;*

Et volucres nulla dulcius arte canunt (187).

Todos nuestros esfuerzos no logran reproducir el nido del más mínimo pajarillo, con su textura, belleza y utilidad; ni tampoco sabemos representar la tela de la vil araña.

Dice Platón que todas las cosas crean la Naturaleza, la casualidad o el arte, correspondiendo las más grandes y bellas

(187) Gusta la hiedra de crecer sin cultivo; nunca es tan bello el madroño como en las cuevas solitarias... y más dulce es el canto de los pájaros sin ayuda de artificio. (Propercio, I, 2, 10.)

a los dos primeros factores y las menores e imperfectas al último.

Paréceme que las naciones a que me refiero son aún bárbaras porque han recibido poco amaneramiento del espíritu humano y se hallan muy próximas a su candidez original. Todavía obedecen a las leyes naturales, muy poco bastardeadas por las nuestras, y tal es su pureza que mucho deploro que semejantes naciones no fueran conocidas antes para que pudiesen ser mejor juzgadas. Despláceme que Licurgo y Platón no las vieran, porque, a cuanto de ellas sabemos, sobrepasan las pinturas con que la poesía ha embellecido la edad de oro y todas las invenciones con que la humanidad querido fingir la condición de los hombres felices. Mas, incluso con el concepto y deseo de la filosofía, no han podido los poetas imaginar candidez tan pura y simple como por experiencia ahora la vemos, ni llegaron a creer que la sociedad humana pudiera mantenerse con tan poco arte y sudor. Yo diría a Platón que en esa nación nueva no hay especie alguna de tráfico, ni conocimiento de las letras, ni ciencia de los números, ni magistrados, ni superioridad política, ni servidumbre, ni riqueza ni pobreza, ni contratos, ni sucesiones, ni partijas, ni otras ocupaciones que las descansadas, ni respeto de parentela, ni vestidos, ni agricultura, ni metales, ni vino, ni grano. Las palabras que expresan la mentira, la traición, el disimulo, la avaricia, la envidia, la difamación y el perdón son desconocidas. ¡Qué lejos de esta perfección hallaría la república que concibió! Porque allí hay *Viri a diis recentes* (188); y

Hos natura modos primum deait (189).

Viven además esos pueblos en un país de clima grato y muy templado, al punto de que, según los testigos, es raro ver un enfermo. También aseguran los viajeros no haber encontrado a ningún indígena temblón, legñoso, desdentado o encorvado por la edad. Habitan junto al mar y les separan del interior grandes y altos montes, mediando entre éstos y la costa unas cien leguas de extensión. Tienen gran abundancia de pescados y carnes, muy diversos a los nuestros, y los comen sin más aliño que cocerlos. El primero que allí llevó un caballo causóles tal horror cuando lo percibieron en su montura, que, aunque ya le conocían de otros viajes, le mataron a golpe de dardos, antes de reparar en quién era. Los edificios que aquellas gentes usan son muy amplios — pues admiten doscientas o trescientas personas — y están hechos de corteza de grandes árboles. Por un extremo se apoyan en tie-

(188) Hombres recién salidos de manos de los dioses. (Séneca, *Epíst.*, 90.)

(189) Tales fueron los primeros modos naturales. (Virgilio, *Geórgicas*, II, 30.)

rra y por el otro en el edificio siguiente, a la manera de esas nuestras casas campesinas, cuyo tejado les sirve a la vez de pared. Existe allí una madera tan dura que la usan para sus espadas y para las parrillas en que asan sus viandas. Sus lechos, de tejido de algodón, están suspendidos del techo, como marineras hamacas, y cada persona tiene el suyo, porque los maridos duermen separados de las mujeres. Se levantan con el Sol y a poco rato comen para todo el día. Al modo de lo que cuenta Suidas de algunos pueblos de Oriente, que beben fuera de la comida, éstos tampoco beben con ella, sino varias veces, a otras horas, en el curso de la jornada. Su bebida está hecha de determinada raíz y tiene el color de nuestros vinos claretos. Nunca la toman sino templada. Sólo se conserva tal brebaje dos o tres días. Su gusto es picante, no resulta espirituoso, hácese saludable al estómago y laxa a los no acostumbrados a beberlo. Mas los habituados a su uso lo encuentran muy grato. En vez de pan usan una materia blanca que parece coriandro confitado, y que he probado yo mismo, hallándole un gusto dulce aunque algo insulso. Pasan casi todo el día bailando. Los más jóvenes van a cazar bestias, con arcos. Entretanto, parte de las mujeres se ocupan en calentar la bebida, lo que es su ocupación principal. Uno de los viejos, por la mañana, antes de comer, predica a toda la casa paseando de un extremo a otro y repitiendo varias veces la misma frase hasta que concluye la vuelta del edificio, el cual suele tener hasta cien pasos de longitud. Sólo recomiendan en su prédica dos cosas: valor ante el enemigo y amistad hacia sus mujeres, advirtiéndose siempre: "que ellas son las que les tienen la bebida tibia y a punto". En varios sitios — incluso en mi casa — hay muestras de sus lechos, cordones, espadas, de los escudos de madera con que se cubren en los combates, y de grandes cañas abiertas por un extremo con las que mantienen la cadencia de sus bailes. Se rasuran por completo y se arreglan el cabello mucho mejor que nosotros, sin usar más que leño o piedra.

Crean en la eternidad de las almas y juzgan que los beneméritos de los dioses se alojan en el cielo allá por donde sale el Sol, mientras los réprobos van a parar al lado de Occidente.

También tienen no sé qué sacerdotes y profetas, que rara vez se presentan al pueblo y que moran en las montañas. Cuando ellos llegan se hace gran fiesta y asamblea anual de varios poblados, los cuales vienen a distar una legua unos de otros. El profeta hábiles en público, exhortándoles a la virtud y al deber, pero toda su ciencia ética se reduce a dos artículos: valor en la guerra y amor a sus mujeres. El profeta les pronostica las cosas venideras y la suerte que deben esperar en sus empresas, instigándoles o desaconsejándoles la guerra. Mas cuando se engaña en sus predicciones, le hacen

mil pedazos si le atrapan, castigándole por falso profeta. Por ello, el que una vez yerra no aparece más.

La adivinación es don de Dios, y por eso la impostura en tal caso merece castigo. Los escitas, si sus adivinos se equivocaban, tendíanlos, maniatados y sujetos los pies, en carretas llenas de charrasca y tiradas por bueyes, y así se les quemaba. Los que manejan las cosas sujetas a la capacidad humana tienen excusa con tal de que hagan lo que puedan; pero quienes presumen de una facultad extraordinaria y ajena a nuestro conocimiento, ¿no deben ser sancionados si no mantienen el efecto de sus promesas y la temeridad de su impostura?

Aquellos indígenas van desnudos a sus guerras con las naciones de allende las montañas, y no usan más armas que arcos y espadas de madera aguzadas por la punta, como chuzos. Es asombrosa la energía de sus combates, que siempre acaban en muertes y efusión de sangre, sin que se conozcan espantos y derrotas. Llevan como trofeo la cabeza del enemigo a quien han matado y la fijan a la puerta de su morada. Tratan bien a los prisioneros, dándoles cuantas comodidades pueden, y pasado largo tiempo, cada guerrero convoca una gran asamblea de sus amigos. A cada brazo del prisionero se amarra una cuerda, y el guerrero tira de una y un amigo suyo de otra, manteniéndose a alguna distancia para que no pueda dañarles. Entonces los dos, en presencia de todos los reunidos, le matan a golpes de espada. Luego le asan, lo comen en común y envían pedazos a los amigos ausentes. No se crea que esto se hace como alimento, al modo de los antiguos escitas, sino para representar una extrema venganza. Advirtieron más tarde que los portugueses, que se habían aliado a sus adversarios, usaban de otra clase de muerte contra ellos, a saber: enterrarlos hasta la cintura y abrumarlos a dardos, tras lo cual los colgaban. Viendo lo que hacían aquellas gentes del otro mundo, que tantos males habían sembrado en las proximidades y que eran mucho mayores maestros que ellos en todo estilo de vicios, pensaron estos bárbaros que con razón debían aplicar tal venganza y que ella debía ser más agria que la otra, por lo que empezaron a dejar su costumbre antigua por la nueva. A mí me enoja tanto el que no veamos el bárbaro horror de semejantes suplicios, como que, juzgando tan bien las ajenas faltas, seamos tan ciegos a las nuestras. Hallo más barbarie en comer a un hombre vivo que en comerlo muerto. Y nosotros sabemos, no sólo por haberlo leído, sino visto ha poco (y no entre enemigos antiguos, sino entre vecinos y conciudadanos y so pretexto, para colmo, de piedad y religión), que aquí se ha estado desgarrando a veces, con muchas torturas, un cuerpo lleno de vida, asándolo a fuego lento y entregándolo a los mordiscos y desgarros de canes y puercos. Esto es más bárbaro que asar y comer a un hombre ya difunto.

Crisipo y Zenón, jefes de la secta estoica, opinaban que no había mal en nutrirse de la humana carroña en caso necesario. Nuestros antepasados, sitiados por César en Alexia, remediaron el hambre con los cuerpos de los viejos, las mujeres y otras personas inútiles en el combate.

*Vascones, ut fama est, alimentis talibus usi
Produxere animas (190).*

Los médicos no vacilan en aplicarnos, por dentro o por fuera, cualquier cosa precisa para nuestra salud. Mas no se halla en sitio alguno opinión tan desaforada que justifique la traición, la deslealtad, la crueldad y la tiranía, que son nuestros vicios ordinarios. Podemos, pues, llamar bárbaros a aquellos pueblos respecto a la razón, pero no respecto a nosotros, que los superamos en toda suerte de barbarie. La guerra que ellos hacen es noble y generosa, y posee tantas excusas y bellezas como consiente esa calamidad humana, que no tiene allí otro fundamento que la emulación del valor. No discuten la posesión de tierras nuevas, ya que gozan de una natural fecundidad que les provee, sin esfuerzo ni trabajo, de todo lo necesario; y ello en tal abundancia que no necesitan ensanchar sus límites. Se hallan aún en la fase feliz de no desear nada que no sea lo que les piden sus naturales necesidades, y consideran superfluo lo restante. Lllaman hermanos a los de su misma edad, hijos a los de menos y padres a los ancianos. Los bienes se heredan en común, sin más título que los que da la naturaleza al poner a sus criaturas en el mundo. Si sus vecinos pasan las montañas para atacarles, la gloria y ventaja del vencedor es quedar superior en valor y virtud, y nada se hace contra los bienes del vencido. Los ganadores se vuelven a su país, donde hay profusión de lo necesario y donde también saben gozar de ello y contentarse sin más. Y lo que estos otros pueblos transmontanos hacen a sus prisioneros es lo que sigue: no les piden más rescate que la confesión y reconocimiento de haber sido vencidos. Pero no existe noticia de que en un siglo haya habido quien no prefiera la muerte y ser devorado a rebajar en un punto su indomable valor. Dejan al prisionero toda la libertad posible, para que la vida le sea así más cara, y frecuentemente le amenazan con la muerte futura, los tormentos que sufrirá, los aprestos que al efecto se hacen, la descuartización de sus miembros y el festín que se efectuará a sus expensas. Todo ello se realiza para arrancar al cautivo alguna palabra humilde o darle deseo de huir, con lo que los vencedores habrían ganado

(190) Es fama que los vascones prolongan sus vidas nutriéndose de carne humana. (Juvenal, *Sat.*, XV, 93.)

la ventaja de haber espantado a sus enemigos y forzado su constancia. Porque en esto, en rigor, consiste la verdadera victoria:

Victoria nulla est,

Quam quae confessos animo quoque subjugat hostes (191).

Antaño, los húngaros, combatientes belicosos, se contentaban con que el enemigo se rindiese a discreción, y en arrancándole tal confesión le soltaban sin daño ni rescate, o, a lo sumo, pidiéndole palabra de no volver a hacer armas contra ellos.

Hartas ventajas tenemos a veces sobre nuestros enemigos, que no son nuestras, sino prestadas. Poseer brazos y piernas más recios no es calidad de valiente, sino de mozo de cuerda, y más tiene ello de cosa inerte y corporal que de disposición de ánimo. Es mero juego de fortuna derribar a un enemigo ofuscado por la claridad del Sol; y sólo es cosa de ardid y ciencia, y que puede recaer en persona cobarde y baldía, el gozar de capacidad en la esgrima. La prez y estima de un hombre está en su corazón y voluntad, y ahí radica el verdadero honor. No consiste la bravura en la firmeza de piernas y brazos, sino en la del valor y del alma; ni tampoco en el mérito de nuestro caballo y armas, sino en el nuestro. El obstinado en su esfuerzo, *si succiderit, de genu pugnāt* (192). Quien, cualquiera que sea el riesgo de muerte cercana, no afloja en su seguridad, y quien, aun al morir, mira a su enemigo con firmeza y desdén, no queda batido por nosotros, sino por la fortuna. Muere, pero no está vencido; que a veces los más valientes son los más infortunados. Las cuatro victorias hermanas — bellas como ninguna otra que haya visto el Sol — de Salamina, Platea, Micala y Sicilia, no osarían oponer todas sus glorias juntas a la gloria de la derrota del rey Leónidas y los suyos en las Termópilas. Porque hay pérdidas más triunfales que las victorias. ¿Quién corrió jamás con tan glorioso afán y ambición de ganar el combate, como el capitán Iscolas corrió a perderlo? ¿Quién puso tanto ingenio y habilidad en asegurar su salvación como él en asegurar su ruina? Habíanle mandado defender contra los arcadios cierto paso del Peloponeso, y vio que era imposible hacerlo así, por la naturaleza del lugar y la desigualdad de sus fuerzas, de manera que cuantos se enfrentaran allí al enemigo quedarían necesariamente en el campo. Pero, juzgando indigno de su virtud y magnanimidad y del nombre de lacedemonio el no cumplir su misión, tomó entre

ambos extremos un partido medio. Y fue que reunió a los más jóvenes y aptos de su tropa y, conservándolos para el servicio de su país, los despidió, mientras él quedaba con los que de menos utilidad podían ser, resuelto a sostener aquel paso y hacer que los enemigos comprasen el forzarlo tan caro como fuere posible. Así ocurrió, porque Iscolas y los suyos fueron rodeados por los arcadios, en quienes hicieron gran carnicería, muriendo al fin todos a filo de espada. ¿No era en este caso el trofeo de los vencedores más apropiado para los vencidos? El verdadero vencer consiste en pelear y no en salvarse, y el honor de la virtud radica en combatir, no en batir.

Volvamos a nuestra historia. Los prisioneros que dijimos suelen ser mantenidos con vida dos o tres meses, y entre tanto, muestran talante contento y excitan a sus cautivadores a adelantar su suplicio, desafiándoles, injuriándoles, reprobándoles su cobardía y recordándoles las batallas perdidas antes. Poseo una canción hecha por uno de esos prisioneros, y en ella hallo este pasaje: "Venid luego y comed de mí; que comeréis a la vez a vuestros padres y abuelos, los cuales sirvieron de alimento a mi cuerpo. Estos músculos, venas y carne son vuestros, ¡oh, pobres necios! ¿Cómo no reconocéis que la substancia de los miembros de vuestros antepasados están aquí todavía? Saboreadme bien y hallaréis el gusto de vuestra propia carne". Tales ocurrencias no huelen a barbarie, en verdad. Los que los pintan moribundos, presentan al prisionero escupiéndolo al rostro del que le mata y haciéndole muecas. Y en realidad no dejan hasta el último momento de fanfarronear y desafiar a sus matadores con sus palabras y aspecto. Sí, muy salvajes deben de ser, visto esto, tales hombres, porque o lo son a machamartillo, o lo somos nosotros, dada la diferencia de nuestros modos de proceder.

Los hombres allí tienen varias mujeres, y tantas más cuanta más reputación de valor poseen. Cosa de notorio mérito hay en sus casamientos, y es que, así como nuestras mujeres ponen todo su celo en impedirnos la amistad y benevolencia de otras mujeres, las de ellos ponen el suyo en lograr que adquieran semejante benevolencia y amistad. Siendo para ellas lo principal el honor de su esposo, se aplican con solicitud a tener las más compañeras que pueden, lo que redundan en pro de la virtud de él. Dirían nuestras mujeres que esto es milagro, mas no lo es, sino virtud muy conyugal y de primer orden. Vemos en la Biblia que Lía, Raquel, Sara y las mujeres de Jacob procuraban ofrecer sus sirvientas hermosas a sus esposos. Livia, en su interés, secundó los apetitos de Augusto. Estratónice, mujer del rey Dejotarus, destinó al uso de su marido una muy linda camarista que la servía, y además crió con esmero a los

(191) Nula es la victoria en que el enemigo no se confiesa domado. (Claudio, de sexto Consulatū Honorii, v. 248.)

(192) Si cae, combate de rodillas. (Séneca, de Prov., c. 2.)

hijos de su marido y la joven y les ayudó a heredar los Estados de su padre.

No se piense que todo lo expuesto se hace por simple y servil obediencia a sus costumbres, y por la autoridad de sus antiguas usanzas, así como por ser gentes sin discurso ni juicio y tan estúpidas que no saben otra cosa. Demostraré con algún pormenor de su capacidad. Antes cité una de sus canciones guerreras; ahora citaré otra — ésta amorosa — que dice así: "Párate, serpiente, párate, que quiero que mi hermana obtenga de tus colores la manera y trama de un rico cordón que quiero ofrecer a mi amada. ¡Así siempre sea tu belleza y disposición preferida a las de todas las otras serpientes!" Esta primera estancia sirve de estribillo a la canción. Y yo tengo bastante conocimiento de la poesía para decir que ese pasaje, no sólo no ofrece nada de bárbaro, sino que es enteramente anacoretístico. El lenguaje de aquellos indígenas es dulce y de agradable sonido, con terminaciones semejantes a las griegas.

Tres de tales salvajes, ignorantes de cuanto habría de costar a su dicha y reposo el conocimiento de las corrupciones de aquí, de las que nacerá su ruina (¡tristes de ellos, que, dejándose engañar del ansia de novedades, abandonaron su dulce cielo para ver el nuestro!), estuvieron en Ruán en tiempos en que el difunto rey Carlos IX se hallaba en esa población. Hábléles el rey buen rato. Se les hicieron ver nuestra pompa y maneras, y la disposición de una ciudad importante. Tras esto, alguien les preguntó qué habían encontrado más admirable. Tres cosas respondieron, y mucho siento haber olvidado la tercera, aunque recuerdo las otras dos. Dijeron ante todo que hallaban muy extraño que tantos hombres barbudos, corpulentos y armados (debían referirse a los suizos de la guardia del rey) se sometiesen a obedecer a un niño, y que no se eligiera más bien a uno de ellos para el mando. Luego, como en su lengua se llaman a los hombres "la mitad", los unos de los otros, expusieron que habían advertido que existían entre nosotros personas llenas y hartas de toda clase de comodidades, mientras sus mitades mendigaban por las puertas, demacrados por el hambre y la pobreza. Y lo que asombraba a aquellos extranjeros era que esas miradas menesterosas tolerasen tal injusticia y no asiesen a los otros por el cuello y les quemaran sus casas.

Hablé mucho tiempo con uno, pero el intérprete era tan malo y, en su tontería, le costaba tanto trabajo seguir mis conceptos que apenas pude sacar nada provechoso. Era mi interpelado un caudillo, al que los marineros llamaban rey, y yo le pregunté qué fruto sacaba de su superioridad entre los suyos. "Ir el primero a la guerra", replicó. Quise saber cuántos hombres mandaba y me señaló un espacio donde podrían caber cuatro o cinco mil. Interroguéle si acabada

la guerra concluía su autoridad y me dijo que aún tenía un privilegio: el de que cuando visitaba las aldeas dependientes de él, le abrían senderos en los bosques para que pudiese pasar con comodidad. Buena cosa parece todo esto, pero ¿vamos a tener en consideración a unos individuos que no llevan calzones?

XXXI

DE CÓMO SÓLO MUY DISCRETAMENTE SE DEBEN JUZGAR LAS ORDENANZAS DIVINAS

El auténtico campo y tema de la impostura son las cosas desconocidas, en primer lugar porque su misma rareza les da crédito, y en segundo porque, no estando sometidas a nuestros discursos ordinarios, nos quitan la manera de combatirlas. De aquí que diga Platón que es más fácil satisfacer al hablar de la naturaleza de los dioses que al hablar de la de los hombres, porque la ignorancia de los oyentes da vasto curso y plena libertad al razonamiento sobre una materia oculta. Por eso nada se cree con más firmeza que aquello de que menos se sabe, ni hay gentes tan seguras como las que nos cuentan fábulas. Tales son los alquimistas pronosticadores, astrólogos judiciales, quiromantes, médicos, *id genus omne* (193). Añadiría yo a éstos, si me atreviese, un montón de gentes, intérpretes y explicadores ordinarios de los designios de Dios, que suelen descubrir las causas de todos los accidentes y ver en los secretos de la voluntad divina los incomprensibles motivos de sus obras. Y aunque la variedad y discordancia continua de los sucesos los va rechazando de rincón a rincón y de Oriente a Occidente, ellos no dejan de seguir en sus trece y de pintar con igual pincel lo negro y lo blanco.

En una nación india se observa la loable costumbre de pedir públicamente perdón al Sol, que es su dios, cuando son los del país batidos en una escaramuza o batalla, refiriendo así su ventura o desgracia a la razón divina y sometiendo a ella su juicio y discurso. Bástale al cristiano creer que todas las cosas provienen de Dios, recibéndolas con reconocimiento de su divina e inexcusable sapiencia, y tomándolas a buena parte, se presenten como se presenten. Pero hallo mal eso que se ve al presente: tratar de afirmar y apoyar nuestra religión por el éxito de nuestras empresas.